

Ensayo sobre las ideas estéticas de Don Juan Valera

(Premiado por la Agrupación de
Amigos de Don Juan Valera,
de Cabra, en 1944).

I

Don Juan Valera nació bajo el signo de Apolo. En el pueblo más lindo quizá de Andalucía, vió la primera luz el que había de ser andando el tiempo ornamento y orgullo de su pequeña patria. Hay cierta correspondencia formal entre la cuna hechicera del eminente polígrafo y su verbo maravillosamente terso, sugestivo y en ocasiones muy inspirado. Nada más justo y oportuno que un ensayo sobre las ideas estéticas de este hombre en cuya privilegiada mente no reñían, sino que casaban con maridaje feliz la comprensión y la extensión. El gran andaluz no solo *abarcaba* mucho, sino que *apretaba* intensamente como diría el vulgo. Para mí el egregio egabrense es uno de los escritores mejor dotados por la naturaleza y al par de los más estudiosos no ya de España, sino de la literatura universal.

Discursos académicos, Novelas, Teatro, Poesías, Crítica literaria, Estudios sobre Filosofía y Religión, Historia y Política, Cartas Americanas, Folk-Lore, Miscelánea, Artículos periodísticos; de todo escribió con singular competencia y extraordinaria galanura. Hay que evocar a Quevedo, a Vinci, a Goethe, para encontrar algo paralelo a la obra multiforme y bella de Don Juan. Su mano hábil pulsó todas las cuerdas del mágico instrumento y podía decir sin jactancia como otro Luis XIV de la Estética: «La *literatura* soy yo».

Y es aún más de aplaudir el acuerdo de la Sociedad de Amigos de Valera al señalar como tema del concurso un estudio sobre su Estética, porque la ignorancia o la novelería y también el ruin espíritu sectario, han tejido una leyenda de excepticismo en derredor de este noble y cultivado ingenio que acaso desconfiaba del mundo pero creía firmemente en la *causa sin causa* de todas las cosas y saturaba todas las producciones de entrañable espíritu cristiano.

Mi *dulce Valera* le llamaba Menéndez Pelayo, y aunque el gran polígrafo santanderino aludía con este adjetivo al encanto de su prosa flúida y seduc-

tora, es para mí cosa indudable que la dulzura de Valera —como demostraré más adelante—, tenía la comprensión y amable indulgencia de un alma creyente y bondadosa.

I I

Lo bello, lo sublime, lo gracioso y lo cómico, son los cimientos de la Estética. Lo *bello* es una forma de perfección de las cosas, engendradora de agrado espiritual. Lo *sublime* es la misma belleza en grado mayor de extensión, fuerza o intensidad (aquí del sublime *matemático* y *dinámico* justamente distinguidos por Kant). Lo *gracioso* es cierta modalidad de origen psicológico que avalora con singular relieve los seres y las obras. Lo *cómico* es toda derivación de la normalidad en la vida y los actos del hombre, y brota del contraste. Lo feo y lo cómico suelen ir del brazo, aunque algunas veces lo cómico linde con lo patético y hasta con lo sublime. Cómica es una vieja desgarbada y achacosa presumiendo de juventud y gentileza, y patético es Don Quijote retornando a su aldea triste y abatido por la derrota que la realidad influye a sus generosos ensueños. Lo ridículo y lo grotesco están fuera de los dominios de la Estética porque son caricaturas de lo bello

Tampoco caben dentro de los límites de esta ciencia lo pornográfico, lo sectario y lo meramente filosófico o científico. Nunca serán bellas las descripciones de las funciones orgánicas, el grosero realismo que pretende idealizar los apetitos sensuales y nuestro eximio Alarcón llamaba la *mano puerca* de la literatura. Tampoco deleitarán nuestro ánimo los problemas de Algebra y Cálculo Diferencial, ni las distinciones metafísicas entre la *esencia* y la *existencia* que tan sabiamente puntualizó Tomás de Aquino. Y no es que la ciencia riña con la belleza, sino que aquella, para cumplir su misión, le basta con demostrar la verdad y esta tiene por jurisdicción el mundo de los sentimientos donde la emoción es más fuerte que los resultados del método inductivo y las normas de la dialéctica. No merecerán igualmente el preciado título de bellas las producciones donde se rinde culto al odio y se *deifica* al partidismo o se pone en tela de juicio la existencia de un orden sobrenatural, fundamento supremo de la Ética y del Derecho.

Han existido y existen escritores impíos dotados de gran ingenio y de brillante pluma, pero sus libros deslumbran más que persuaden o envenenan el alma de los lectores de reducido horizonte mental, con la exposición de doctrinas liberticidas, de negaciones satánicas y de imposibles paraísos. El rencor nunca puede ser bello y la utopía está más cerca de lo cómico o de lo ridículo, que de la verdad ennoblecida por el arte.

III

La característica mental de este gran escritor es el buen sentido, harto distante del llamado sentido común, que por ser común, rara vez es bueno y anda más cerca de la ramplonería que de la recta y elevada percepción de la realidad. Valera, como Platón, cree que lo bello es el resplandor de lo verdadero, y por creerlo así, no da beligerancia en sus escritos a lo sofisticado, ni a lo afectado, ni a lo histriónico. Su estilo, inconfundible, es también la verdad hermoseada por la elegante sencillez.

Su psicología crítica en alarde feliz de ponderación, ecuanimidad e hidalguía. Todas estas altas cualidades están avaloradas por una donosura sin ejemplo en los fastos literarios de España. La erudición y la gracia se besan en sus obras y hasta cuando toca los áridos temas de la Metafísica y la Economía Política, lo hace con tan peregrina y seductora dialéctica, que se diría que su pluma tiene *ángel* como llaman sus paisanos al hechizo de ciertos rostros.

Para distinguir el genuino gracejo andaluz de la chocarrería o el chiste sándio de los saineteros vulgares o escritorzuelos cursis, hay que tener el arte innato de Estébanez Calderón, de Valera, de Ralosisillas, de Rodríguez Marín o de los hermanos Quintero.

La gracia no surge de la servil imitación de los modelos ni se aprende en los centros docentes, sino que brota, como diría el pintoresco y paradójico Unamuno, del hondón de nuestro espíritu.

La gracia, como el humorismo, es cualidad más temperamental que obra de estudio, y Valera nació con ella.

¡Bienaventurados los que nos aleccionan sin exasperarnos, los que nos instruyen deleitándonos al par, los que con su sabia risa educadora nos enseñan el secreto de la vida donde lo dramático y lo cómico suelen maridar en lazo indisoluble. La gracia de Valera es culta, pero tiene honda raigambre castiza y española. Devoto de la Paremiología y del Folk-Lore, extrae hábilmente el jugo sustancioso de lo que llamar pudiéramos dogmática popular, hija muchas veces de felices intuiciones y otras de una experiencia tan exacta como amarga.

Optimista como todo hombre equilibrado, parece advertirnos que no hay mal que por bien no venga, y los personajes de sus novelas rara vez caen, por angustiosa que su situación sea, en la misantropía o la desesperación. Todos sienten y proclaman la alegría del vivir y no suelen poner ante el destino adverso el rostro torvo, ni renegar de esos poderes ocultos que labran calladamente las penas o recompensas, presentes o futuras, de los actores en esta gran tragicomedia del mundo.

El pesimismo es más bien producto del Norte que del Mediodía.

Este sol andaluz que el poeta Byron llamó *indecente* porque invita al sueño o al pecado, podrá aguijar las pasiones sensuales o fomentar la pereza, pero nunca producirá téticas figuras de filósofos al estilo de Schopenhauer o de Hartmann. Hijos espirituales de Séneca, los andaluces saben poner al mal tiempo buena cara y dicen por boca de sus congéneres:

Cuando el español canta,
o rabia o no tiene blanca.

Escritor representativo de la psicología de su región, es para mí D. Juan Valera el literato más erudito de los andaluces y el más donosamente andaluz de los eruditos.

I V

¿Qué podremos decir que nadie ignore respecto a la instrucción variadísima y sólida del gran polígrafo cordobés? Estudioso y lector incansable, conocía profundamente a clásicos y modernos; asimilador poderoso diseurría sobre Historia, Filosofía, Legislación y otras disciplinas; con raro acierto sin beber en aguas estancadas o ponzoñosas, sino en claros y puros manantiales.

Poseía el griego, latín, francés, inglés, italiano y alemán. Sus viajes y el trato de relevantes personalidades extranjeras, ensancharon y robustecieron el acerbo de su espléndida cultura.

Nada humano le fué ageno y aprendió a estimar hondamente a su patria, cuanto más se alejaba de ella en el espacio y el tiempo.

Devoto como su ilustre colega Menéndez Pelayo, de los modelos clásicos, Valera parece a ratos un greco-latino por la forma, pero es en el fondo menos heleno que el autor del Fausto, y por los cauces de su prosa corre el río sonoro y cristalino del pensamiento y la sensibilidad española. ¿Cómo no ha de tener el gusto y la vocación de lo bello, quien como él se inspiró en las fuentes del aticismo y en las normas perdurables de los grandes maestros del arte literario? Asombra la cantidad de conocimientos que atesoran sus libros y las perspectivas mentales que nos brinda su atinada y galana exposición. Ovidio, Homero, Virgilio, Anacreonte, San Agustín, Montaigne, Kant, Hegel, etc., se nos presentan evocados por su crítica sagaz, como algo nuevo y sorprendente, fruto de una interpretación justa y de un criterio analítico limpio de prejuicios.

Apesar de las protestas de modestia que formula, se advierte cuan firme es el paso con que camina por todos los campos del saber.

Con igual competencia nos habla del Observatorio de Greenwich, que de la Crematística, del lirismo de Espronceda, de la historia de la decadencia

española, de la originalidad y el plagio, de las comidas y cenas de su pequeña patria, la pintoresca tierra cordobesa, de la libertad en el Arte, de la Metafísica y la poesía, de todas las materias que interesar puedan, al humano espíritu.

Ojeando el vasto panorama de su sabiduría, se comprende que un escritor de su talla no haya alcanzado popularidad.

En España, y aún creo que en todo el mundo, la popularidad rara vez acompaña no ya al genio, sino ni aún al talento, al glosador concienzudo o al pensador original. El mismo Valera lo confiesa al contestar por encargo de la Academia al discurso de recepción del novelista Picón: «Nunca —dice— ni durante la vida, ni en los períodos de su actividad más fecunda, el sabio investigador, el crítico erudito y profundo, puede jactarse de gran popularidad entre nosotros. Rara vez su fama, aunque la envidia no ahogue su voz con murmullos, se extiende más allá del estrecho círculo de sujetos de la misma profesión y de algunos devotos aficionados. La muerte no hace olvidar entonces porque lo que no se aprende no se olvida.»

Mas Valera no ha sido ni puede ser olvidado. Sus obras justifican su renombre, aunque la envidia, esa pasioncilla que está siempre flaca porque roe y no come, según feliz expresión de Quevedo, haya clavado sus diente-cillos en el egregio autor de *Pepita Jiménez*.

Y ya que de la envidia hablamos, bueno será recordar que las diatribas o los rencorosos silencios de los envidiosos, labran el pedestal de la estatua de los grandes hombres. Ya sé que la envidia es dolencia muy humana y por tanto universal, pero juraría que aquí en España está la clínica de los incurables. ¿Tuvo Valera envidiosos? Sin duda. Tenía demasiado talento para no despertar en las almas mezquinas y toscas el rencor o el disimulado menosprecio, hacia todo lo excelso y peregrino. Su labor poliforme y bella, jamás podrá ser anulada por el sectarismo ni por la envidia. ¡Pobres envidiosos! ¿Qué suplicio mayor para quien lo sufre, que esa dolencia espiritual, amenudo incurable, porque nace de la incomprensión, hermana gemela de la impotencia? Digamos con Clarín: «La envidia es un pecado que lleva en el pecado mismo la penitencia».

V

La Lógica exige que para dar una idea, siquier somera como corresponde a un ensayo, de las ideas estéticas que informarán la producción total del insigne egabrense, encaminamos los diversos géneros literarios donde desplegó su actividad infatigable, servida por una pluma gallarda como pocas y diáfana como ninguna.

En los discursos académicos, huye cuanto puede del enfadoso purismo y

la vana redundancia, aunque algunas veces caiga en la tiesura y engolamiento, inseparables, por cierta perniciosa rutina de tales disciplinas. No hay, con todo, en los períodos de *conformación* y *peroración* de sus trabajos oratorios, ese corriente afectismo que dá la sensación de un arte falso. Valera odia por un instinto, que pudiéramos llamar innato, toda simulación. Lo contrahecho, lo afectado, lo laberíntico, no rezan con este artista recto y luminoso como camino real bañado por el sol. Sus observaciones sobre la Poesía popular y la Libertad y el Arte, son modelos de docta sinceridad. En la interpretación de la inmortal novela de Cervantes, acierta como ninguno distinguiendo lo *caballeroso* de los disparatados libros de caballerías. Sus juicios sobre la Inquisición española podría suscribirlos cualquier pensador ortodoxo no contaminado de intrasigencia ni mojigatería. En sus discursos sobre el *Misticismo*, reconoce la importancia de esta modalidad filosófico-poética, tan acorde con el espíritu soñador e idealista de nuestro pueblo.

Los elogios de Núñez de Arce y Cánovas, sin tocar en el tono panegírico, hacen cumplida justicia al estro vibrante y castizo del autor de *Los gritos del combate* y al espíritu ecuánime y docto del honrado estadista que historió con rara imparcialidad las causas de nuestra decadencia y coronó su gloriosa vida muriendo en defensa del orden social. Lo mejor —para mí— de las piezas oratorias coleccionadas en los dos volúmenes, es el elogio de Santa Teresa.

El más fervoroso apologista del catolicismo, no acertaría a dibujar semblanza tan justa y persuasiva de la doctora abulense.

Aquella sublime mujer, la más santa de las españolas y la más española de las santas, encontró su más fino e inspirado crítico en el maestro cordobés. Valera reconoce el supernaturalismo de la santa, no solo en su vida, sino en sus escritos.

Cualquier escritor de primera o segunda fila, podrá ser más correcto, más técnico, más devoto de la sintaxis que la inmortal autora de *Las Moradas*, pero nunca tan emotivo y sugerente, porque este libro portentoso está muy por cima de la Gramática y de la Retórica. Flaubert, el impecable escritor, nos ofrece en su novela *Salambó* un dechado de documentación y pureza, un modelo de literatura arqueológica, pero *Las Moradas* de Santa Teresa, más que obra de erudición y de estilo, constituye una visión genial del amor a Dios y parece un destello del infinito.

V I

Para el gran cordobés la finalidad de la novela es deleitar al lector, ennoblecendo al par su alma, ya que la belleza nunca riñó con las buenas costumbres. Todo lo alambicado, sibilino, obsceno o pedantesco, está fuera de la jurisdicción de un arte de tan elevado abolengo. La novela llamada de *Tesis*,

como el teatro del mismo nombre, son denominaciones hijas de la vanidad cuando no síntomas de pobreza creadora. El arte de novelar no exige propósitos docentes ni pone cátedra de austeridad. La vida es por sí misma un riquísimo arsenal de provechosas enseñanzas, y las acciones humanas llevan en su génesis y desarrollo una variada fenomenología espiritual más aleccionadora que los tratados de Ética.

Hay en la novelística de Valera tipos masculinos representativos de dolencias psíquicas, como por ejemplo *Las ilusiones del Doctor Faustino*, excelente análisis del llamado delirio de grandezas, pero en casi todas el más importante papel corre a cargo de las mujeres. Octavio Picón, en plano inferior a Valera, es otro novelador del espíritu femenino. Las mujeres de Valera no son coquetas vulgares, ni cortesanas frívolas, ni *Damas de alquiler*, como diría Quevedo.

No pecan por la paga. Labran su propia dicha al labrar la de otros. Alguna de ellas podría hacer suyas las palabras del inmortal Obispo de Hipona: «Amad y después haced lo que queráis, que todo lo que hagáis amando, será bueno». Otra podría suscribir el pensamiento un tanto satánico de Schopenhauer: «Cuando un hombre y una mujer se aman con amor completo, sean solteros o casados, se pertenecen por derecho divino». Ni Tirso de Molina, ni Benavente, han comprendido la verdadera feminidad como Valera. Ha sido su más esforzado paladín y su mayor intérprete. Profundamente femeninas son todas sus mujeres (Pepita Jiménez, Juanita la Larga, Doña Luz, Rosita, Beatriz, Luisa, Irene y Rafaela, la Magdalena pródiga en limosnas de amor como la dulce pecadora de Oriente).

Decía el novelista Alfonso Kan, que los hombres que hablan mal de las mujeres, son de tres clases: los que no las aman, los que las aman demasiado y los que no han sido amados de ellas. Aludía sin duda a los misógenos o invertidos, a los que exigen de la mujer perfecciones casi sobrenaturales y a los roídos por el despecho de sus tal vez merecidos fracasos amorosos.

Don Juan no pertenecía a ninguna de estas categorías. Conocía muy bien a las mujeres; fué luchador victorioso en las lides amatorias y tuvo siempre para el bello sexo la gratitud del afortunado, la hidalguía del hombre bien nacido, y la comprensión del crítico sagaz que no pide a las criaturas humanas excelsitudes solo posibles en seres de contextura evangélica, lindantes con los divinos arquetipos.

Hay con todo en su producción una mujer singular por su rectitud e idealidad, y es Doña Luz. Esta dama comprende que el amor verdadero riñe con los apetitos codiciosos y desprecia olímpicamente a los cazadotes que tratan de redimirse económicamente al amparo del artículo 1.347 de nuestro Código Civil.

Este artículo sanciona la obligatoriedad de la dote, dando carta de natura-

leza a la yernocracia y es el puerto de refugio de todos los fracasados en arte y ciencia y nada celosos de su dignidad personal. Por algo esa mujer se llama Doña Luz, y aborrece todos los velos y penumbras tras los que esconden sus mezquinas aspiraciones los *coburgos* de ayer y los de hoy, falsificadores sempiternos de esa divina fuerza que, como dice el Dante, mueve al Sol y las estrellas.

V I I

Y pues que de mujeres de Valera hablamos, ¿cómo olvidar a «Pepita Jiménez», la deliciosa mujer encarnación del genio de la especie que diría el filósofo? No necesitaba Don Juan haber escrito otra novela para conquistar justísimo renombre. La Condesa de Pardo Bazán, admiradora entusiasta de su autor, decía que «Pepita Jiménez» era una obra que solo un andaluz, dotado del talento de Valera, podría escribir. Esta «Pepita», tan linda y tan humana, bulle por ahí, dentro y fuera de Andalucía, y sus encantadoras diabluras y correrías por los reinos del amor, quebrantarán con frecuencia las más firmes vocaciones.

Don Marcelino Menéndez Pelayo, al expresar su autorizado juicio sobre la obra del eximio polígrafo cordobés, dice que a muchos parece «Pepita Jimenez» un triunfo del naturalismo pecador sobre el anhelo de lo celeste. Estas palabras del autor de los Heterodoxos españoles que reproduce el sabio Jesuita Alberto Risco en la página 138 de su *Literatura Española y Universal*, no las creo acertadas.

Con todos los respetos debidos al prodigioso erudito y gran hablista, honor de nuestras letras, yo no veo en «Pepita Jiménez» esa victoria de los apetitos mundanos sobre los deliquios ultraterrenos. En «Pepita Jiménez» no se pone el amor humano o pagano —si se quiere mejor— por cima de las aspiraciones a lo divino.

Yo, en mi modestia, no encuentro en la hermosa novela intención alguna irreverente o sectaria. Solo hallo en ella una justa estimación de la fuerza del temperamento y el sano instinto orgánico harto más poderoso a menudo que las sublimes visiones de la mística.

No debía de ser muy firme la inclinación a lo celestial del simpático seminarista, cuando éste, viendo a su gentil amada refugiarse llorosa en su cuarto, corre tras ella y olvida la Teodicea y los cánones para rendir pleitesía al amor humano. «Entre santa y santo, pared de cal y canto», dice sabiamente el vulgo y el estudiante carece de energías para romper la pared divisoria subyugado por los atractivos de «Pepita». No le excremos por ello ni excremos tampoco a «Pepita» que no nació para monja. Al ceder una y otro a los impera-

tivos fisiológicos y cordiales, hacen obra patriótica y cristiana; que el amor es fundamento de la sociedad y siempre será preferible un buen padre de familia a un mal sacerdote.

Se me objetará que el aspirante a clérigo pudo vencerse a sí mismo y resistir al influjo de su albedrío las asechanzas de la carne. No se deben exigir a los seres normales victorias de tan elevada naturaleza. Si el seminarista hubiese estado en posesión de un temple anímico como el del casto José, la crisis no existiría ni la novela tampoco. Firme y decidido, el aspirante a sacerdote hubiera roto los vínculos que le ligaban a «Pepita» poniendo mordaza a sus impulsos eróticos.

Su albedrío no era lo bastante enérgico para ganar la batalla frente a un enemigo de tal calidad. El temperamento, la herencia y el medio, obraron como fuertes cadenas opresoras de su libertad. ¡Pobre albedrío el nuestro que con harta frecuencia no es otra cosa que una trémula luz sacudida acá y acullá por vientos de todos los cuadrantes!

VIII

En el cuento y la poesía, como en sus obras teatrales, sigue Valera fiel a su criterio católico, aunque su talento no brille con los fulgores que en otros géneros literarios. *Asclepígenia* es un bello cuento, acaso menos intenso de lo que pide la índole de estas composiciones donde la difusión es pecado. *Genio y Figura* y de *Varios colores*, acreditan a Don Juan de atinado costumbrista.

Como poeta es devotísimo del clasicismo, pero amenuño le falta ese *quid divinum* propulsor de la emoción que surge más del temperamento que de la sumisión a los modelos y estricta obediencia de las reglas. Es un versificador irreprochable, pero frío. Más poesía encuentro en su prosa que en sus rimas. Los poetas *natos* son más inspirados porque obedecen al calor del sentimiento más que a los cánones de la Poética. Yo no creo que la poesía sea exclusivamente prosa musical, sino más bien gritos del alma que de la entraña brotan y aparecen coloreados con los matices de la fantasía. Lo poético más se siente que se define. Las definiciones —decía Platón— son obra de Dioses. Solo el buen gusto, ligado a una exquisita sensibilidad, puede actuar de irrecusable juez en materias de poesía, pero *pulcrum est paucorum hominum*.

Cierto que de gustos no hay nada escrito, pero no es menos cierto que hay gustos que merecen palos. Tampoco era el teatro campo adecuado a la observación y espíritu finamente analítico de este gran escritor. Literatos de muy alta prosapia como Balzac, la Condesa de Pardo Bazán y Clarín, fracasaron en sus intentos dramáticos aunque les sobraba el talento. El teatro es una disciplina en que el ingenio y hasta la potencia psicológica están como

bloqueados por los influjos de la acción y se mueven en círculo harto reducido.

El autor dramático o cómico es un intérprete del espíritu colectivo que se paga más de los efectos que de la lógica real. Un capítulo del Quijote vale más que la *Numancia* y los *Tratos de Argel*, apesar de que en estas obras se advierten las huellas de un alto ingenio. Los grandes autores teatrales como Tirso de Molina y Calderón, sin olvidar a nuestro Benavente, reproducen el ambiente social sin ahondar mucho en él, porque el teatro es impresión que dimana más de lo objetivo que del intelecto del autor. Sin negar el inmenso talento poético de Lope y la fuerza dramática de Tirso y Calderón, puede afirmarse que sus obras se engendraron al contacto de las pasiones y prejuicios de épocas pretéritas que riñen con la evolución de los tiempos. Nunca morirán porque el arte les presta perenne juventud, pero les falta adaptación al modo de ser actual.

Lo clásico debe renovarse sin perder sus intrínsecas excelencias, porque la vida de hoy no casa con la de ayer como no conciertan bien el ferro-carril y el aeroplano con las llamadas *galeras aceleradas* y los tranvías de sangre.

I X

Catorce volúmenes componen la obra crítico-literaria de D. Juan Valera. Examinadas en conjunto y en detalle, sin espíritu cicatero ni hiperbólico, estas producciones ponen tan en alto a su autor, que no conocemos ninguno, no ya que le sobrepuge, sino que le iguale. La crítica que Sainte Beuve llamó *décima musa*, ha caído entre nosotros en gran descrédito, porque salvando preclaras excepciones, fué función de criticastros o criticones, cuando no de panegiristas con ribetes de aduladores. Valera y Menéndez Pelayo, salen por juro de sus méritos de la caterva de los lisonjeadores o maldicientes que han venido ejerciendo la función judicial—digámoslo así— en la mal llamada república de las letras. No se concibe crítica sin competencia ni imparcialidad y los más de los que por críticos pasaron y pasan, carecen de una y de otras y juzgan por vanas impresiones subjetivas cuando no por prejuicios de secta o rencores inconfesables.

Existen también critiquillos tan indulgentes o tan devotos de la personalidad del autor, que impulsados por ceguedades del afecto, inciensan al amigo en la misma proporción que vapulean al adversario.

Así pudo decir con sinceridad Teófilo Gautier que él no podía hablar mal de ningún literato parisino porque había almorzado con todos, y Zola, que para vencer la repugnancia que le producían los críticos deformadores, tenía la costumbre de desayunarse con un sapo.

Leyendo las críticas de Valera se advierte una ponderación al enjuiciar nada frecuente. Ni se deja seducir por el autor amigo, ni azota despiadadamente al que le es antipático. No se concibe un fiscal apasionado, ni tampoco un defensor tupido de falacias lisonjeras.

El criticastró y el criticón, distan del crítico auténtico lo que la ignorancia de la sabiduría, el enfermo del sano y el fariseo del creyente. No conozco crítico más sereno y comprensivo que Don Juan Valera. Hasta cuando juzga al desesperado Leopardi, al hiperestésico Byrón, al satánico Carducci, se muestra no ya moderado, sino hasta magnánimo. Perdona los arrebatos, los pesimismos y las rebeldías de estos poetas en gracia a las bellezas formales en que abundan sus composiciones.

Otro tanto hace con Espronceda y Núñez de Arce. Se inclina reverentemente ante la grandilocuencia de Donoso Cortés, pero encuentra exageradísimo su dogmatismo. A Castelar le aplaude como artista genial de la palabra sin perjuicio de refutar con lógica irrefutable sus poco meditadas afirmaciones.

El estudio que hace de *Los Miserables*, de Victor Hugo, y de las inverosimilitudes en que incurre al referir el éxodo de Juan Valjan, tiene una fuerza persuasiva capaz de convencer al más fervoroso apologista del autor de *Las Orientales*. Los grandes pensadores judíos como Averroes y Maimónides, no le merecen las diatribas que sobre su personalidad filosófica dispararon ortodoxos intransigentes y por tanto injustos.

Al ocuparse del drama religioso en España, distingue lo sectario de lo profundamente cristiano elogiando sin reservas el magnífico drama de Tirso *El condenado por desconfiado*, porque si la contrición salva las almas, la contumacia y el excepticismo las pierden. Encomia en párrafos saturados de entusiasmo, la obra del insigne Menéndez y Pelayo, sin compartir algunos de sus juicios poco ecuanimes.

Pone el bálsamo en la herida y solo tiene merecidos reproches para los embaucadores e histriones, verdaderos malhechores de la literatura.

La hipocresía le saca de quicio y la simulación le exaspera.

Como San Mateo flagelando a los fariseos, arremete contra los que en materias de arte o religión embozan su personalidad, diciendo lo que no sienten. El ama la verdad por la verdad misma, y al arte por su misión idealizadora, capaz de producir cuando el artista no está divorciado del moralista, la *cura de almas* de que hablaba Moreno Nieto. En resumen: Don Juan Valera no cierra sañudo contra los escritores equivocados, porque sabe que *errare humanum est*, pero una cosa es el error inherente a nuestra limitación, y otra la mentira denunciadora de perversidad espiritual.

Nadie más opuesto en ideología política a Valera que Pi y Margall, y sin embargo al refutar sus opiniones le reconoce dotes de escritor que solo la envidia o la mentecatez podrían regatearle.

Si no pareciera algo irreverente, diría que Valera, al juzgar sobre los libros de algunos tontilocos literarios o filosóficos, hace suyas las palabras del Hijo de Dios: «*Perdonadlos Señor, porque no saben lo que hacen*».

No ha existido ni existe crítico tan hidalgo como Velarde. ¡Con cuanta generosidad defiende a Campoamor de los que le acusan de plagiario! ¡Qué caballeroso al combatir los arrebatos del gran Aparisi y Guijarro, del cual dijo un escritor satírico que *hubiera sido perfecto de no ser como fué carlista*. Jamás he leído una página de Valera en que el gran escritor maltrate o desdeñe groseramente al adversario en ideología!

Con una sátira sin hiel se burla de las incongruencias, peticiones de principio y sofismas del llamado neo-catolicismo, verdadero pastel de liebre sin liebre. Don Juan, al escribir, tira por debajo de la mesa todas las pasioncillas que pudieran enturbiar la claridad de sus juicios y trata con absoluta equidad a Tirios y Troyanos, Gúelfos y Gibelinos. En éste aspecto muéstrase más equilibrado a mi juicio que el eruditísimo Menéndez Pelayo, el cual, en Ciencia Española y en la Historia de España, tiene páginas que deslustran un tanto su magnífica labor filosófico-literaria:

X

La interpretación de «Don Quijote» dada por Valera, coincidiendo con Menéndez Pelayo, es la racional y estética. Cervantes se volvería loco como el héroe de su novela, tomando en consideración las absurdas comparaciones y disparatados simbolismos que hicieron cervantistas y quijotistas de su libro inmortal. Para unos el aventurero de la Mancha es un caso clínico de manía de grandezas; para otros la imagen de la España intolerante que quiere imponer sus ideales a golpes de lanza; quien ve en «Don Quijote» a Felipe II; otros al propio Cervantes; a quien le mira como un anarquista cristiano, y me aseguraron que un antiguo socio del Ateneo de Madrid, coronel de artillería, consideraba a Alonso el Bueno como un Napoleón del siglo XVII. Hasta conocí hace años a un malagueño muy ingenioso, D. Victoriano Lomeña, que miraba a Cervantes como un precursor de Bacon y del método experimental, y no se propuso otra finalidad al componer su imperecedera sátira que ridiculizar los idealismos de la filosofía clásica.

El académico Sr. Pons y Umbert afirmó en un discurso leído en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, que el personaje del Toboso era un enamorado de la justicia pura, limpia de legalismos y tocada de un sentido casi divino por lo trascendental.

Examinados los actos y hazañas de «Don Quijote» a la ley del derecho

positivo, son verdaderos delitos de estafa o imprudencia unos, de lesiones y desacatos a la autoridad otros

Mas no debe olvidarse que su autor era un loco que creía como ciertas sectas que el fin justifica los medios y trataba de imponer sus premáticas a cintarazo limpio, pensando como un Bismarck del siglo XVII, que la fuerza es algo anterior y superior al derecho.

He de repetir, por tanto, lo que en páginas anteriores de este modesto ensayo dije: a saber, que Valera, como el egregio hijo de Alcalá de Henares, distingue entre la caballeridad y los libros de caballerías, ponderando la primera como virtud cristiana y cívica, y cerrando contra los segundos como si de un *morbo* perturbador se tratase.

Aún prende en ciertos cerebros infantiles o estultos, la falsa interpretación del «Quijote» y hemos visto en el Cinematógrafo, personajes y escenas en nada diferentes de las de los llamados libros de caballerías; que ni educan, ni reproducen la realidad y antes por el contrario, siembran en los cerebros las malsanas semillas del desafuero y las rebeldías antisociales.

Cuando «Don Quijote» habla cuerda y bellamente, como en el discurso de las Armas y las Letras, o describe la visión utópica de la Edad de Oro en párrafos inspiradísimos, es porque se encuentra en un intervalo lucido y su monomanía huye por algunos momentos para ceder el paso a la razón y al sentimiento henchidos de patriotismo y de alta poesía, pero cuando arremete contra todo elemento que su nublada razón miró como pernicioso, es el loco que solo recobrará la integridad mental al acercarse la hora de la muerte, convencién-dole de que en los *nidos de antaño no hay pájaros hogaño*, y de que la persuasión y la justicia no pueden componerse a golpes de lanza.

Lo que sucede es que el «Quijote», única obra sin precedentes en el campo de las letras, ya que los tienen hasta la Divina Comedia y el Fausto, aparece como un poliedro luminoso y míresela por donde se la mire, destella ideas y perspectivas mentales, engendradoras de peregrinas concepciones.

Mas no ya un entendimiento tan claro y poderoso como el de Don Juan Valera, sino cualquier espíritu medianamente sensato, puede identificar al sabio aleccionador de Sancho Panza con el delirante y obcecado aventurero que confunde a los molinos de viento con gigantes y a las tímidas ovejas con escuadrones de un ejército.

Por ello, he creído y afirmado en alguno de mis modestos trabajos, que «Don Quijote y Sancho» no son entelequias, sino algo tan consustancial a nuestro ser, como el alma y el cuerpo, y que raro será el hombre que no lleve dentro de sí mismo algo de la exaltación del primero y de la prudencia egoísta del segundo.

XI

Y vamos a los estudios críticos sobre Filosofía y Religión del maestro cordobés. ¿Era D. Juan Valera panteísta, materialista o agnóstico? ¿Fue un espíritu excéptico que disfrazaba sus dudas con las sales del ingenio? ¿Debemos considerarle como un mariposeador de gran talento, como un *dilettante* de la Filosofía que libaba en todos los jardines y hacía posada en todos los credos?

Nó era D. Juan una especie de anguila que resbalaba por todos los sistemas sin dejarse catalogar en ninguno.

Tampoco profesaba el *credo qui absurdum*, sino el *rationabile obsequium*. Es bueno creer, pero hay que saber lo que se cree, decía Kant, y Valera tenía demasiada lucidez intelectual para confundir la superstición y la mojigatería con la firme creencia en una *causa sin causa*, principio y fin de todas las cosas.

La duda es un período necesario en el proceso evolutivo de la verdad. ¿No dudaron San Agustín y San Pablo? ¿No fueron herejes Huysman y Papini? Para creer hay que querer, decía el Obispo de Hiponia, y Valera quiso creer. El creía en un Dios personal y distinto del mundo y por ello no comulgaba en las ideas de Spinoza, ni en las de Hegel, apesar de la grande y justificada admiración que sentía por el filósofo alemán.

También creía en el libre albedrío limitado y podía decir con el maestro macedonio, que este mundo es como un gran Laboratorio donde todos los seres humanos trabajan para perfeccionarse.

Su estética maridaba en consorcio perfecto con sus ideas filosóficas y religiosas. No hay oposición entre lo bello y lo bueno, porque uno y otro son formas de perfección del ser.

La lealtad es bella porque es virtud, y la traición fea por ser pecado o vicio. Las dudas de Valera —si las tuvo—, se resolvieron al cabo en afirmaciones consoladoras.

No era solo verdad la experiencia sensible como pregonaba el filósofo de Koenigsberg. Había algo más alto: existía la intención de lo sobrenatural que el mismo Kant profesaba al escribir en las primeras líneas de su *Crítica de la Razón práctica*, estas bellísimas palabras: «La ley moral está en mi corazón y sobre mi cabeza el cielo estrellado».

Lo que a D. Juan encocoraba —lo repetimos—, eran la hipocresía y la intransigencia rencorosa, denunciadoras de ánimos poco o nada cristianos y de harto limitados horizontes mentales.

«La ley del amor es la esencia del Cristianismo», decía San Pablo, y el

Divino Maestro, sentenciaba: «Amad a los que os aborreeen, orad por los que os persiguen y calumnian».

El odio corrompe la vida y abre abismos entre los hombres. Siendo la religión cosa voluntaria, no se concibe la persecución enconada y sistemática a los que no comulgan en nuestros credos.

El negocio del *alma*, que diría Santa Teresa, no puede encomendarse a inquisidores y energúmenos. Ha de ser objeto exclusivo de nuestra reforma interna, de nuestras convicciones, de nuestra fe.

Hay enorme diferencia entre el verdugo y el misionero. Por ello Valera repugnaba el catolicismo agresivo de Donoso Cortés y las lucubraciones pseudo-metafísicas de Campoamor.

Las puertas del Paraíso no se abren a golpes de espada, como afirma el *Koran*, sino a fuerza de cordiales ejemplos y prácticas de abnegación.

La proscripción, el patíbulo y los autos de fe, no han curado ni curarán las herejías. Castigando el cuerpo no se curan males del alma. ¿Qué pensaría Don Juan Valera al contemplar el espectáculo del mundo actual, roído por mezquinas codicias o fratricidas pasiones? ¿Es que el Hijo de Dios tenía preferencias por esclavos o sajones, por razas blancas o amarillas?

Las apelaciones a la violencia son la triste confesión de nuestra incapacidad para sentir la justicia. De seguro que el autor de «Pepita Jiménez», al presenciar la horrible pugna entre estados que presumen de naciones cumbres, hubiera recordado las palabras de Santa Teresa, al definir el infierno como un *lugar donde no se ama* y al *demonio* como un ser desdichado por incapaz de amar.

Yo no he visto en los escritos de Valera nada antidogmático, ni farisáico, ni excéptico. Acaso no creía en los hombres, como tampoco cree en ellos el humilde autor de este ensayo, pero creía en Dios y nunca desoyó sus redentoras enseñanzas.

La Iglesia, salvando la infalibilidad pontificia en materias de fe moral y disciplina, puede caer en el error y está sujeta como todo lo finito a lamentables equivocaciones. El gran polígrafo cordobés nunca puso rostro ceñudo a sus leyes y cánones, pero se reservó el derecho de abolengo divino de separar el oro de la escoria, haciendo recto uso de su razón. El no llegó a decir con el sectario ¡Oh Física, líbranos de la Metafísica!, sino que subordinó la jurisdicción de la primera al campo de lo experimental y sensible y pasa a la segunda donde debe estar siempre: en el mundo vasto y luminoso de las cosas inmateriales. El culto a la belleza presupone el culto a Dios, fuente de toda perfección y cimiento de toda doctrina estética, limpia de impurezas y aberraciones.

XII

Al defender a Campoamor de la acusación de plagiarlo que le imputó un escritor de segunda o tercera fila, sienta Valera la doctrina racionalmente estética y cimienta también de la verdadera originalidad literaria. No se nace con ciencia infusa. Ningún hombre puede jactarse de ser propietario exclusivo de una idea. Las ideas —decía el que fué mi maestro ilustre y venerado Don Felipe Sánchez Román, al fundamentar el derecho de propiedad intelectual— *no son de nadie, sino de quien las dice como nadie*. Es decir, que se es original no por la esencia, sino por la forma. *Todos hemos de morir* es una idea basada en la universal experiencia y accesible al más tosco de los individuos. Pero llega un alto poeta y la expresa diciendo *palida mors aquo pulsat pede pauperum tabernas, reguenque turris* y conquista con su bella expresión la originalidad. Coincidir en un concepto no es plagiar. Nada tiene de extraño que los pensadores coincidan porque son como viajeros que hacen el mismo camino. Así coincidieron Quevedo y Séneca por ejemplo. Los que no coinciden con nadie son los que no piensan. El que copia un concepto ageno reproduciendo literalmente las palabras que lo expresan, no es plagiarlo, sino desvergonzado ratero.

Igual puede afirmarse de los poetas y en general de todos los literatos. Generalizando la especie de los plagios, solo podríamos encontrar un solo ser original: Dios que sacó el mundo de la nada.

Desde Adán a nuestros días y hecha excepción de los que padecen lesión orgánica cerebral, todos hemos pensado las mismas cosas, pero no las hemos expresado de igual forma.

Un hombre puede sentir la poesía de una puesta de sol, aunque sea analfabeto, en las soledades del Atlántico o en la más alta cima del Himalaya, pero si carece del léxico adecuado, jamás traducirá en bella forma sus emociones. No es la idea la que perdura, sino la forma, alma de la Estética. Fray Luis de León será siempre original, aunque siguiera las huellas de Horacio, porque sobre el mismo tema del *Beatus ille* escribió su famosa *Oda a la vida del campo*, mejorando la composición del vate latino. Sobre todos los Madrigales a unos ojos, es también hasta hoy el más original el bellísimo de nuestro Gutierre de Cetina.

Dije en anteriores páginas de este ensayo, que será rarísima la obra literaria sin antecedentes, pero así como sobre el lienzo traza el pintamonos una figura sin relieve y pinta Velázquez un retrato inmortal, el literato ramplón describe ampulosa o torpemente un paisaje, y el genial en cuatro palabras justas y sentidas nos transmite la sensación perdurable de su hermosura.

Para gloria de España y de su autor, es el «Quijote» un libro que no tiene

precedentes. Sin regatear un ápice de su inmenso mérito, no puede afirmarse lo mismo de la «Divina Comedia» ni del «Fausto». A nadie —sin embargo— que esté en su juicio se le ocurrirá llamar plagiarlo a Goethe por haberse inspirado en la *Leyenda del diablo* o el *Mágico prodigioso*, de Calderón, ni a Don Juan Valera por haber dado vida a su «Doctor Faustino», que es un pobre iluso en nada semejante al «Fausto».

XIII

El tema propuesto por la Sociedad de Amigos de Valera, trae a nuestra memoria el recuerdo de la Historia de las ideas estéticas de Don Marcelino Menéndez Pelayo. Todo individuo lo bastante capacitado para formarse idea de su mérito, hará con nosotros cumplida justicia a la ciencia portentosa y al talento de su autor.

Menéndez Pelayo y Don Juan Valera, son sin disputa los mejores críticos que ha tenido España. Crítico teatral de enjundia fué Larra y crítico literario de indiscutible capacidad *Clarín*, pero el primero brilló más en la sátira costumbrista y el segundo mostróse en extremo apasionado, al juzgar no pocas obras de sus contemporáneos.

Decía el mismo *Clarín* que *nadie debe opinar cuando está enfermo*, pero el ilustre escritor palentino parecía en muchas ocasiones aquejado de algún morbo *hepático* o tocado de rencores y prejuicios indignos de su prosapia intelectual al emitir dictamen respecto a las producciones de ciertos autores que no le eran simpáticos. Así fué injusto con Velarde, con Cavestany, con Manuel del Palacio y maltrató sañudamente a escritores dignos de estima. El que al pronunciar juicio sobre las obras de un autor no puede desprenderse de ciertas pasioncillas hijas de su temperamento atrabiliario o de una ciega antipatía, debe abstenerse de practicar la crítica. Menéndez Pelayo y Valera fueron harto más ecuanímenes y a su gran autoridad sumaron un criterio ético y estético digno de todo aprecio.

Tal vez el primero, ofuscado por nobles ceguedades doctrinales o de índole confesional, dejóse llevar del arrebatado cayendo en lamentables exageraciones, pero en general muéstrase ponderado, aunque nunca en el grado que lo fué Valera. El gran escritor montañés pensaba, al hacer crítica, más en la ideología religiosa del criticado, que en su valer estético. Su ardiente catolicismo le hizo execrar a Larra suicida y no comprender en toda su importancia el talento de otros literatos de tibia fe, a los cuales me aseguraron que calificó alguna vez de energúmenos.

Valera y Menéndez Pelayo representan algo así como las mitades de un todo cuasi perfecto. Menéndez Pelayo es más erudito; Valera más ingenioso;

Menéndez Pelayo tiende a la grandilocuencia; Valera encarna con singular acierto ese estilo *medio* tan alabado de los preceptistas; Menéndez Pelayo encuentra en lo pretérito la verdadera grandeza de España: Valera, sin desdeñar lo tradicional, reconoce la fuerza de la evolución y su eficacia transformadora; Menéndez Pelayo cree que España debe volver a ser lo que fué, y Valera piensa con Heraclito, que la corriente de la historia, semejante a las aguas del río, no pasa dos veces por el mismo sitio; Menéndez Pelayo en aras de su cálida religiosidad lo subordina todo a las enseñanzas de la Iglesia; Valera, sin dejar de ser creyente, opina que la razón es tribunal inapelable para sentenciar los más áridos problemas de *tejas abajo*; Menéndez Pelayo llega en su ferviente catolicidad a la indignación y al sarcasmo contra los enemigos de su credo; Valera tiene para los extravíos y errores humanos una mirada de indulgencia; Menéndez Pelayo flagela con el látigo de su encendida prosa, a disidentes, contumaces y heterodoxos; Valera profesa el *Panfilismo* (amor a todo lo creado) que en el fondo es cristianismo, porque quien ama a las criaturas ama a Dios su creador; Menéndez Pelayo en ocasiones apela, lleno de honrado ímpetu, a la invectiva; Valera sabe que la sátira violenta, lejos de mejorar a los hombres, los exaspera; el autor de *Horacio en España* mira más al cielo que a la tierra; Valera distingue entre lo ideal y lo real. Menéndez Pelayo juzga a los hombres como debieran ser y Valera como son; Tiene el gran polígrafo santanderino la luz y los ardores del sol de mediodía y Valera las medias tintas y el encanto de los crepúsculos.

XIV

En los estudios críticos sobre Historia y Política, ratificó una vez más Valera su ejecutoria de analítico sagaz y ponderado. La historia a la que Aristóteles negó carácter científico, porque según él no hay ciencia de lo *mudable*, es un género literario no reñido con el arte, ya que la verdad por sí sola es bella, y su exposición puede, sin dejar de ser imparcial, adornarse con estéticos atavíos. El mismo Menéndez Pelayo habla de historiadores artistas como Carlyles. Don Juan Valera en esta, como en todas las disciplinas que cultivó muéstrase hablista galano y en ocasiones elocuente. El mejor comentario de un hecho es el hecho mismo. La historia se prueba con documentos y testimonios, pero aquellos pueden ser en ocasiones apócrifos y estos apasionados; más del hecho en sí derivanse indeclinables efectos que no pueden ser arbitrariamente negados por la sofistería o el espíritu de banderías.

Valera deja que los hechos hablen por sí mismos y luego deduce con el criterio de la razón autónoma sus consecuencias sociales y políticas. Su crítica es perfectamente objetiva. No ignora que la *maestra de la vida*, como obra

de los hombres, puede caer en el sectarismo y acaso desconfía como su ilustre colega Campoamor, de la veracidad de la historia antigua al ver cómo se escribe la moderna, pero por cima de todos los testimonios interesados o venales, sienta el concepto lógico y mesurado de un verdadero filósofo.

Así con la misma imparcialidad que niega la *leyenda negra* que nos pinta como al pueblo monopolizador del fanatismo y la crueldad, reconoce que el espíritu inquisitorial, puso trabas al pensamiento español dificultando su desenvolvimiento.

El heterodoxo era para nuestras viejas leyes un criminal cuya trasgresión se castigaba con pena capital porque con sus libros o sus actos violaba la conciencia de un pueblo y de un estado que consideraba la religión como el fundamento de toda justicia y de todo orden estable, pero Valera profesa el *distingue tempora y concordabis jura* y se explica las intolerancias aunque no las justifique.

Al hablar de la libertad religiosa el polígrafo cordobés, no saca la caja de los truenos ni prorrumpe en diatribas contra los impíos de toda laya. Acaso piensa que la salvación eterna es cuidado que atañe a los hombres más que al estado y que éste, en pura tesis de razón, no debe tener subjetividad religiosa, pero se rinde al hecho abrumador de una tradición secular favorecida por el espíritu soñador e idealista del pueblo español.

Igual procede al tocar otros temas de carácter histórico y confesional, y su pluma, semejante a la salamandra, pasa sin quemarse por todos los incendios.

Repito y repetiré que no conozco crítico de tan sereno criterio y noble independencia, como este eximio cordobés, paladín del buen sentido y mentalidad equidistante de los prejuicios de tirios y troyanos.

No es ecléctico porque como se ha dicho, el eclecticismo es el sistema de los que no tienen ninguno, sino espíritu razonador y justo, enemigo de toda suerte de perniciosas intransigencias.

Dios está sobre toda discusión, porque es obra de la fe, pero las afirmaciones sobre lo absoluto, hechas por ciertos filosofastros que despojan al ser infinito de toda realidad extramundana, son partos de la necesidad en alianza con la soberbia.

Al creyente discreto no le puede sorprender que el mal reine sobre la tierra con más frecuencia que el bien.

Recuerda el pecado de origen, confirmado por la ciencia antropológica y cree con el teólogo que el hombre más justo peca siete veces al día.

Al exponer su juicio sobre la escuela llamada integrista, pone de relieve sus exageraciones sin perjuicio de pagar el debido tributo a los talentos de Necedal.

Defiende a España de imputaciones calumniosas y bendice las ofensas

que sobre su historia lanzaron escritores tocados de un orgullo nacional reñido con la verdad.

El hecho de haber militado en partidos de orden, no le impide mostrarse severo con toda tendencia que da calor a los nepotismos y privilegios detentadores de la justicia distributiva. No suscribe los optimismos infundados ni tampoco el pesimismo desalentador, sino que vé con el filósofo popular «que no hay mal que por bien no venga» y que el mismo exceso del primero clama por la instauración del segundo con lógica inexorable.

Decía Pascal que en el hombre hay algo de angel y algo de bestia, y Valera, como el filósofo francés, está convencido de esta duplicidad de fuerzas en un solo ser que no le permiten en toda ocasión hacer uso recto de su libertad.

No basta querer el bien. Es necesario que a realizarlo nos ayuden la sociedad y la naturaleza.

X V

Sin dejar de ser un espíritu noblemente cosmopolita, Valera es devotísimo de la patria en que nació, y en aras de ese sentimiento más poderoso que la razón misma, encuentra generosas disculpas para las observaciones y vicios nacionales.

Así hace la apología de las corridas de toros combatiendo a un escritor tauróforo que las juzga como causa de envilecimiento y corrupción. Don Juan no cree que el riesgo que corre la vida del torero en el coso sea mayor que el del gimnasta en el trapecio o el del albañil en el andamio.

A la fiesta de los toros —dice— van las gentes a divertirse, no a cosechar ideas ni a procurar su redención espiritual con sermones ni prácticas morales.

Además es seguro que Don Juan, como fiel adorador de todo lo vistoso o pintoresco, había de complacerle la visión de una plaza de toros poblada de lindas mujeres y henchida de alegres colores.

Es tal vez este aspecto el único en que discrepo de Valera.

En mi modestia creo que la fiesta taurina es un espectáculo un tanto salvaje y estúpido, y me rio como un bendito cuando leo los artículos de ciertos periodistas en que se llama *divino* al Gallo, *monumento* a Manolete y *terremoto* a Belmonte.

Pienso como Unamuno que la plaza de toros es un desahogadero de la grosería nacional y que bastantes de los espectadores que a ella concurren y se desprenden con pródigo gesto de cantidades nada despreciables por ver muletear y dar muerte a un toro, escucharían tal vez con indiferencia al tullido

o al anciano que les pidiera una limosna. Ya sé que esto que digo choca con la casi total adhesión del público al espectáculo y estoy convencido de que por pensar así me calificarán de *cursi* y de *mal español* y hasta de *invertido*, los majaderos y energúmenos de toda laya, pero no quiero renunciar al placer de decir lo que siento, aunque esto parezca pecado de herejía a los que califican de *héroe* a cualquier codicioso que expone su vida no por un ideal, sino por unos cuantos miles de duros o pesetas.

Respeto la opinión de Valera, de quien soy como puede verse leyendo este ensayo, admirador fervoroso, pero *amicus Plauto sed magis amicus veritas*,

Si el arte es una colección de reglas para conseguir un fin, la tauromaquia será un arte, pero si este consiste en la realización de la belleza, no veo en ella nada que concuerde con los cánones estéticos. Indudablemente seré un ser vulgar y un aguafiestas, pero no voy mal acompañado en la antipatía que me inspira la llamada fiesta nacional.

Como yo pensaron Isabel la Católica, Lope de Vega, Jovellanos y Cajal, y piensa Benavente, sin olvidar al gran Costa, que en memorable discurso flagelaba la escoria social ebria de vino y de salvajismo inundando las plazas de toros el día de la derrota de Santiago de Cuba. Fuera del aspecto ornamental que ofrece el circo taurino y de la polícroma exhibición que nos atrae con sus contrastes y juegos de luz, no veo belleza alguna en una corrida de toros. He dicho corrida y rectifico. Debiera llamarse mejor *martirio* de reses educadas para la lidia. El toro es tal vez lo único hermoso que encuentro en la fiesta. Su arrogancia y gallardía me admiran. Su gesto al acometer y al defenderse de los que le burlan o maltratan, me seduce.

Lo preparan para una muerte alevosa, picándolo y banderilleándolo, y llega jadeante y agotado al último tercio de la lidia que para él significa la cesación del martirio.

XVI

En sus *Cartas Americanas*, primeramente publicadas en el prestigioso periódico «El Imparcial», de Madrid y coleccionadas después en cuatro nutridos volúmenes, analiza con el acierto de siempre todas las manifestaciones del arte literario en las repúblicas sudamericanas.

Antes había escrito notables artículos sobre el mismo tema en otras naciones del continente y en especial sobre El Brasil.

Fiel a su táctica crítica nunca se deja llevar de apasionamiento y juzga a los escritores de los pueblos hermanos con ejemplar equidad. Me ha hecho mucha gracia su opinión sobre Ruben Dario. Este hombre —dice— parece por su nombre y apellido judío y persa, y en cuanto al contenido de su obra, es

incatalogable. No sé como clasificarle. No es simbolista ni parnasiano y le considero como un poeta francés nacido en Nicaragua.

Exactísimo. Ruben Dario a quien no se le pueden negar dotes de muy alto poeta, fué un enamorado de Verlaine, a quien dedicó un *responso* con honores de ditirambo. La mayor parte de sus composiciones están empedradas de vocablos de origen mitológico y de galicismos, dando la sensación de lo exótico. Es la antítesis de un gran poeta español: de Gabriel y Galán el autor inspiradísimo de *Castellanos y Extremeños*. Las estrofas de Gabriel y Galán resuenan en mi corazón como una música nacional. Las de Rubén se me antojan música de concierto o baile parisino.

Don Juan pasa revista a las literaturas argentina, colombiana, peruana, mejicano-francesa —como él dice con gracia—, y sin eufemismos de ninguna especie reverencia al mérito donde lo hay y fustiga sin acritud y con donaire la obra de los que el ingenio y descarado Fray Candil llamaba los *sinsontes y grafomanos* de América.

En las naciones hermanas o afines hay poetas de la talla de Asunción Silva, Guillermo Valencia, Santos Chocano, Amado Nervo, etc., y prosistas como Rodó, Ricardo Palma y Montalvo, entre otros.

Creo que fué Menéndez Pelayo quien llamó a Colombia la Atenas de América. Desgraciadamente la literatura francesa ha ejercido malsana influencia en las letras de América, y el número de los escritores afectados y pedantescos, así como de los tocados de un prurito erótico lindante con la pornografía, es considerable. Víctor Hugo, príncipe de la hipérbole, llamó a París *cerebro de Europa*. Con más exactitud pudo llamarle *cerebro de la América Hispana*. El gabachismo lo ha invadido todo y esa invasión, reñida con el buen gusto y hasta con el decoro de la prosa, ha sido y es fomentada por algunos literatos nacidos en España, aunque extranjeros por el espíritu que, según palabras del erudito Navarro Ledesma, hacen con nuestra rica lengua lo que los borrachos con la capa: arrastrarla por el fango.

XVII

Don Juan Valera no cree como el filólogo Julio Cejador, que el lenguaje es algo que brota como las plantas del suelo, y que el pueblo sea su exclusivo creador. En los pueblos como entre los individuos, son muchos los que solo tienen una vestidura y quienes además de la de uso diario poseen otras más galanas y bellas para los días festivos. Hay que dar al *sermo vulgaris* lo que es suyo, y al *sermo nobilis* lo que le pertenece. No sería justo poner a un Ovidio y un Horacio en el mismo plano del cochero de la esquina, ni a Cervantes en el de un rústico analfabeto.

Aparte de esto el autor de *Doña Luz* admira como pocos nuestro espléndido refranero y en todas sus obras reproduce dichos y sentencias populares, en que el gracejo alterna con la exacta visión de la realidad engendrada por la experiencia de la vida.

El «Quijote», nuestra más nacional y magna producción, está saturado de proverbios y el llamado despectivamente *vulgo ignaro* ha sido precursor de muchas hipótesis científicas.

Antes que Tarde formulara con aparatoso énfasis la ley de *imitación*, decía el pueblo que *un loco hace ciento*. El principio de la *adaptación al medio*, de Darvín, está no ya vislumbrado, sino contenido en aquel apotegma de *quien a buen árbol se arrima buena sombra le cobija* y la llamada *ley de herencia* intuita en la certera observación de que *de casta le viene al galgo el ser rabilargo*.

Séneca es el más popular de nuestros filósofos, precisamente por expresar con arte lo que la opinión de la masa social dice sin retóricos aliños. Las causas de las cosas ha de investigarlas la filosofía, pero el pueblo en la práctica y observación de los hechos, se adelanta a los sabios y echa las bases del edificio del conocimiento. No podemos prescindir de la experiencia, piedra de toque para aquilatar la verdad, y nuestras más atrevidas especulaciones vienen a tierra si les falta ese precioso sustentáculo. Don Juan Valera, siendo como es un literato atildado y pulcro, es la suma sencillez cuando discurre y expone, porque, como observa Balmes, la sencillez es el carácter de la verdad.

El encanto de la prosa y de los razonamientos de Valera, está en decir con claridad meridiana lo que gran número de escritores expresan con arte sibilino.

Nuestro gran compatriota no vela con nieblas y terminología pedantescas los conceptos, sino que los viste con inconfundible propiedad, y si, en ocasiones su grandísima cultura puede constituir un obstáculo para ser entendido de los indoctos, nunca le falta el ejemplo y la comparación adecuada para incrustar en el espíritu del lector la lógica de sus afirmaciones.

La afectación no reza con él y hasta cuando trata de sistemas metafísicos, encuentra el vocablo preciso y justo para ser comprendido sin apelar a ese tecnicismo enfadoso que desconcierta al lector de Kant, con ser este como es uno de los más grandes pensadores que ha conocido el mundo. Otra vez he de repetir, hablando de la estética de Valera, la definición de lo bello que nos dá el discípulo de Sócrates: «La belleza es el resplandor de la verdad». Ser, erudito a secas es un mérito relativo, pero hacer agradable la erudición matizándola con las sales del ingenio, es preciado privilegio de que pocos pueden ufanarse.

«Si quereis ser leídos, sed amenos», decía el académico Castro Serrano,

el autor de la famosa «Novela del Egipto», y el hijo ilustre de Cabra lo es en grado eminente aunque no faltaron escritores que le encontraban fastidioso porque no concebían la profundidad en alianza con la gracia. En materias de crítica filosófica, religiosa o política, es muy difícil hacer lo que hace Don Juan Valera: convencer y deleitar al propio tiempo sin caer en la ligereza de la mariposa ni en la pesadez del paquidermo.

XVIII

Este hombre singular cultivó con lucimiento —como hemos dicho—, todas las disciplinas y entre ellas la literatura periódica. Los artículos de Valera insertos en la «Gaceta de Madrid», se apartan del periodismo *corriente* y *moliente* que diría Cervantes. No son impresiones fugaces, ni juicios poco meditados, ni alardes de erudición de acarreo.

Distan de lo que llamó «la gacetilla estirada», tanto como de la enfadosa redundancia. Tienen la extensión que reclama la importancia del tema y ni encocoran por difusos ni pecan de concisos. Son como sugerencias que al par que nos agradan por su estilo, nos permiten descubrir bellas perspectivas mentales. El periodista moderno, salvando esclarecidas excepciones, escribe para el día y sus artículos duran lo que la vida de ciertos insectos que nacen y mueren en veinticuatro horas. Los trabajos periodísticos de Valera trascienden del estrecho marco del comentario liviano y ponen una vez más de relieve el maduro juicio y la dialéctica de su autor.

En el volumen titulado *Meseolanza*, hace alarde de su extensa y bien asimilada instrucción y discurre sobre los más varios asuntos con verdadera maestría. El ensayo sobre *Crematística* o ciencia de la riqueza, desarrolla un tema de por sí árido con donosura inimitable.

El elogio de la mujer cordobesa es un estudio acabado de las virtudes domésticas de sus pasiones y de su pintoresco lenguaje.

Al ocuparse de sus habilidades culinarias, hace un estupendo inventario de la cocina cordobesa. Se advierte leyéndola que Don Juan Valera no era un *gourzman* (tragón), sino un *gourmet*, es decir, un sibarita. Hasta en estas materias al parecer prosaicas, demuestra su buen gusto y abolengo estético. La delicadeza espiritual se revela no solo en el diálogo, en los libros y en la conducta, sino también en las comidas. De todos modos, leyendo el ditirambo de Valera a la cocina cordobesa y a las sabias manos que la preparan y condimentan, se abre el apetito. ¡Pobres de los hambrientos, de los cesantes y dispépticos que lo lean! Los dos primeros renegarán de la desigualdad económica que les impide ingerir tamañas excelencias nutritivas, y los terceros sufrirán

un nuevo empacho gastronómico-cerebral, agravatorio de su incapacidad digestiva. En otro estudio contestando al señor Liniers, acerca de la supuesta perversión moral de la España de nuestros días, el señor Valera combate el mismo prejuicio que en otras materias refutó con sana lógica reforzada por abundante documentación.

Con razón decía el poeta elegiaco:

Como a *nuestro parecer*
cualquiera tiempo pasado fué mejor.

El que por su corto horizonte mental o desconocimiento de la historia, cree que vivimos en el peor de los mundos posibles, incurre en gran error y además niega el principio cristianísimo de la perfectibilidad humana.

No somos peores que nuestros antepasados, ni vivimos con más estrechez, ni rendimos menos culto a la probidad y a la justicia, fundamentos del bienestar social.

Ningún Jefe de Estado cobra hoy del presupuesto la suma de cuatrocientos cincuenta mil ducados que percibía por sus oficios el Conde Duque de Olivares. No sé de ningún monarca contemporáneo que se haya visto obligado a empeñar su gabán para comer como Enrique III el Doliente, ni que para cubrir los gastos que exige su elevado cargo, tenga que vivir de los préstamos de ciertos comerciantes genoveses como Felipe IV, según afirma D. Francisco Silvela en el prólogo a las cartas de la ilustre monja Sor María de Agreda. Tampoco creo que la fidelidad conyugal y el pudor sean hoy menores que en tiempos pretéritos.

Leyendo a nuestros clásicos se descubre al través de sus lamentaciones la gran bancarrota de la moral social.

Las mujeres no son más puras, ni los funcionarios más íntegros, ni los hombres más honrados.

Al contrario, el adulterio, la prevaricación y el fraude eran el pan nuestro de cada día y el desenfreno reinaba por doquier en alianza con la hipocresía.

Léase a Calderón, a Lope, a Quevedo, etc., y sobre todo al sabio y valentísimo Baltasar Gracian y se verá que en aquel mentido paraíso vivían más serpientes que palomas. El culto al honor era verbalista y declamatorio y a lo más que llegaban, por ejemplo, los pacientes maridos de aquellos tiempos era a no permitir que los trocara en *rumiantes del Rey abajo ninguno*. No vivimos en la edad de oro tan bellamente descrita por Cervantes; pero existe alguna *plata* y no abunda tanto el cobre como en los pasados siglos que una patriotería absurda mira como dechados de virtud y espejos de continencia.

XIX

La delicadeza espiritual de Valera acreditase aún más al tocar el tema del industrialismo literario. Nunca fueron las letras medio rápido de hacer fortuna pero hoy juzgando por las ediciones reales o simuladas de sus obras, bastantes autores deben ser muy ricos.

El autor de «Pepita Jiménez» miraba el cultivo de las letras como un *puro lujo del espíritu*. Tenía demasiada riqueza interior para poner en el lucro el punto de mira de su ardiente vocación estética.

Así decía sin asomos de tristeza que la más alabada de sus obras no le había producido dinero bastante para comprar un vestido a su esposa. La literatura es, comercialmente hablando, un mal negocio que rara vez produce ingresos de cuantía, pero el escrito de sangre *entero*, como diría la Condesa de Pardo Bazán, no para mientes en ello. Para ser sabio o artista hay que desprenderse de anhelos crematísticos y en ocasiones hacer voto de pobreza.

Hoy existen algunos *cucos* literarios que alhagando los apetitos literarios o el mal gusto del vulgo alcanzan un relativo bienestar económico.

Valera pensaba como el místico:

«No me tienes que dar porque te quiera,
porque si cuanto espero no esperara
lo mismo que te quiero te quisiera

¿Cuantos miles de pesetas o duros no habrá producido «La Corte de Faraón», La «Gatita Blanca», «Al Agua Patos», etc?

¿A cuanto no ascenderán los ingresos metálicos de los llamados Reyes del Trimestre?

Véase en cambio el significativo ejemplo de Galdós, que después de haber producido cerca de dos centenares de obras, llegó a la vejez ciego y pobre y hubo de promoverse en favor suyo una suscripción nacional que encontró in-calificable resistencia.

Si una bella novela como *La Casa de la Troya* hizo rico por caso fortuito a su autor, yo quisiera saber lo que *El Escándalo*, *El Sombrero de Tres Picos* y *El Sabor de la Tierruca* habrán producido a Pereda y Alarcón, por no citar otros renombrados novelistas.

«Antes, decía el inolvidable Ganivet, teníamos el dolor de ver a los genios morir de hambre; hoy tenemos el consuelo de ver gordos y colorados a muchos escritores que no tienen nada de genios.»

Igual puede afirmarse de ciertos conferenciantes no tan elocuentes como vanidosos, que predicán la regeneración de España haciéndose pagar el placer inefable de escuchar su *pirotecnia* verbal a diez pesetas la butaca. No tengo

noticia de que Donoso Cortés, Castelar y Vázquez Mella hiciera lo mismo, pero ¿quién tiene la culpa de que fueran tan poco prácticos? Cuando alguien nos diga con más o menos sincera melancolía que el cultivo de la ciencia y de las letras rara vez permite alcanzar la independencia económica, debemos recomendarle que haga acto de contricción y rectifique el rumbo de su vida abriendo un *bar* o instalando un cinematógrafo o emulando, si ello fuera posible, las hazañas de Belmonte, el Gallo y Manolete, seguro de que, aunque no le hagan académico de número de la R. A. de la Lengua, nunca le faltarán panegiristas cantores de sus hazañas, más o menos interesados, ni buenas cuentas corrientes en los Bancos Oficiales.

He creído que no repugna al tema propuesto por la Sociedad de Amigos de Valera, tratar, aunque sea con la obligada concisión de este aspecto que parece prosáico del industrialismo literario, pero que tiene indudable fondo ético y estético. Como hay cortesanos de la plebe lisonjeadores de sus apetitos, existen también literatos cortesanos del vulgo que espolean sus instintos amenuado groseros o pedestres.

El que escribe para ganar dinero o adular al populacho, nunca merecerá el título de amante de la belleza.

Desde Homero hasta Valera no ha existido escritor de hidalga estirpe que haya llevado por *debe* y *haber* como cualquier comerciante su cuenta con el público. No se ha preocupado más que dar a luz lo que bullía en su entraña espiritual, rindiendo así el debido tributo a la divina misión del arte que no mira al provecho sino a la difusión de las ideas o estados de ánimo vestidos con el ropaje de la hermosura formal.

Las cantidades que percibieron Cervantes, Zorrilla y Lamartine por sus obras fueron harto inferiores a las que obtienen las cupletistas, los tenores y hasta los que profesan el *Foot-Ball* que es una especie de esgrima de los miembros inferiores, mediante la cual el jugador se coloca en un plano inferior.

La belleza es cosa que está por cima de granjerías y lucros y la Divina Comedia y las Moradas de Santa Teresa distan de la utilidad lo que el Sermon de la Montaña de una fábrica de tejidos.

X X

Reasumiendo ¿Cuáles son las ideas estéticas de Don Juan Valera?

Para mí la Etica y la Estética son inseparables como otras hermanas siamesas. La belleza es un aspecto del bien y el bien es lo adecuado a la naturaleza del ser.

Un corcobado nunca será bello, ni un traïdor tampoco, por correctas que sean sus facciones y bien proporcionado su cuerpo.

Lo inmoral no puede ser bello, ni lo sofístico, ni lo mordaz, ni lo absurdo. La belleza va del brazo de la verdad y la justicia y solo puede ser apreciada por la razón.

Definió San Agustín la ley eterna como «la razón y voluntad de Dios que manda conservar el orden natural de las cosas y prohíbe su perturbación». Lo mismo puede afirmarse de la Estética. El orden natural es su ley y quien la infringe nunca llevará la emoción a nuestro espíritu ni el convencimiento a nuestra mente.

Valera huye por instinto y por disciplina mental de todas esas perturbaciones maliciosas o necias que solo acreditan la soberbia en alianza con la impotencia creadora.

No hay literatura vieja ni nueva sino libros buenos o malos y éstos últimos duran lo que el *beno*, del cual dijo el poeta:

a la mañana verde
seco a la tarde

El libro bueno deja siempre huellas gratas en nuestra alma y solicita repetidas veces nuestro estudio.

El tiempo, que es una Providencia estética infalible como Dios, mata inexorablemente lo malo y conserva lo que deleita o seduce.

El libro bueno lo es por el continente y por el contenido, y lo mismo que existe una perfección esencial (ética) hay una perfección formal o estética. En el Arte como en la vida, no se concibe un fin bueno con medios malos.

Valera rinde cumplido acatamiento a este apotegma. Corrige sin humillar al corregido y jamás manchará la túnica de Apolo con obscenos naturalismos.

Los cimientos de su estética son la verdad, la justicia y el decoro del estilo, modelo de claridad y al par de galanura.

Si el arte literario está principalmente en la forma, no debemos olvidar que esta no revela siempre la esencia de las cosas y muchas veces obra como ciertos venenos gratos al paladar pero enemigos de la salud espiritual.

Se ha tachado de excéptico a D. Juan Valera y nada más lejano de la verdad que tamaña afirmación. Sólo la ignorancia o la envidia pueden regatear al autor de *Doña Luz* su generosa entraña, su recto juicio y sus sentimientos cristianos.

Acaso una larga y dolorosa experiencia le hizo desconfiar del mundo, pero creía en Dios y su rica obra literaria, vista sin espíritu de secta, es una confesión elocuentísima de firme religiosidad.

Reduciendo a reglas sus aciertos descriptivos, su penetrante visión de los

seres y de las cosas y su dicción soberana saturada de donosura encantadora, podría escribirse un libro de Estética superior a los de *Richter*, *Winkelman*, *Baumgarten*, *Ruskin* y *Croce*, entre otros renombrados tratadistas.

Y aquí pongo fin a este ensayo, repitiendo lo que hace cerca de cuarenta años escribí en uno de mis libros, a saber: que este mago de nuestra lengua y de nuestras letras, merecería con más títulos que algún endiosado extranjero, ser unánimemente elegido diputado por la belleza.

Pascual Santacruz

Córdoba 1944.

